DOI: https://doi.org/10.29092/uacm.v23iEspecial.1344

Autor(IA) y escritura académica

Leticia Romero Chumacero*
Adrián Espinosa Barrios**

Te das cuenta de que se necesita una buena dosis
de inconsciencia para confiarse a máquinas inseguras,
guiadas imprecisamente; o quizá esto prueba
una imparable tendencia hacia la pasividad,
a la regresión, a la dependencia infantil.
Ítalo Calvino

Aquí se habla de la figura autoral en la escritura académica. Sólo para abrir boca, examinemos algunas noticias frescas: un recién graduado de Berkeley afirmó haber elaborado poco más de 100 artículos académicos en un año; en el mismo lapso, un español publicó 176. Sus detractores señalan la exigua calidad de esos trabajos y los presumen generados con inteligencia artificial (IA) (Ansede, 2023; Down, 2025). Apenas iniciado el año 2026, un detector de uso de IA identificó decenas de "alucinaciones", es decir, datos falsos –por ejemplo, fuentes inexistentes– en artículos publicados en las páginas de influyentes revistas de salud, algunas de las cuales se han visto obligadas a retirar esos textos fraudulentos, pues podrían inducir a tratamientos médicos

* Profesora-investigadora de la Academia del Posgrado en Estudios Semióticos de la UACM y directora de *Andamios. Revista de Investigación Social.* Es fundadora de la Red Internacional de Mujeres Científicas y miembro del Sistema Nacional de Investigadoras e Investigadores. ORCID: 0000-0003-4960-2339 Correo electrónico: leticia.romero@uacm.edu.mx
** Profesor-investigador de la Academia de Filosofía e Historia de las Ideas de la UACM e integrante del Comité editorial de *Andamios. Revista de Investigación Social.* Es integrante del Seminario Universitario sobre Afectividad y Emociones (SUAFEM), de la Universidad Nacional Autónoma de México y miembro del Sistema Nacional de Investigadoras e Investigadores. ORCID: 0000- -0003-3377-4021 Correo electrónico: adrian.espinosa@uacm.edu.mx

peligrosos (Shmatko *et al.*, 2026). En México, el año pasado la Suprema Corte de Justicia de la Nación estableció que "las obras creadas por inteligencia artificial no pueden registrarse como derechos de autor", ¿su argumento?: la ley sólo protege la creatividad humana (INDAUTOR, 2025).

Entre otras cosas, tales noticias dan cuenta de un panorama donde se van tornando sospechosas la construcción y la utilidad del conocimiento académico. Peor aún, dicho conocimiento luce entrampado en un ecosistema internacional que demanda productividad continua bajo el lema *publish or perish*. Abundan las revistas y editoriales dedicadas al predatorio negocio de las *paper mills* –fábricas de artículos–, donde la IA facilita la redacción de miles de manuscritos cuya "autoría" se ofrece en venta. Además, el marco legal del mundo entero es incipiente, tardo en su intento de poner orden al uso de una herramienta digital cuya relevancia cultural quizá es equiparable a la que en su momento protagonizó la imprenta. Muchas preguntas afloran al reflexionar sobre este contexto cuando se forma parte del Comité editorial de una revista de investigación universitaria de alta exigencia. Una de esas cuestiones se aborda en las siguientes líneas: ¿cómo debe entenderse la autoría de un artículo académico en tiempos de la IA?

¿Existe un autor?

Comencemos por el principio: la IA no es inteligencia. Es un producto de la inteligencia humana. El nombre –IA– es eso, una etiqueta que inicialmente se refería a un proyecto con un objetivo específico. Hoy es, más bien, una denominación de *marketing* exitosamente comercializada. La crítica filosófica sobre la posibilidad de que ese proyecto logre su objetivo, es decir, que en efecto sea posible "crear" una inteligencia computacional, es de larga data. En 1972, por ejemplo, Hubert Dreyfus hizo una dura crítica al proyecto de la IA a partir de la fenomenología, de la idea del sentido común y de la comprensión del proceso de adquisición de habilidades necesarias para que un sistema tenga mente (Dreyfus, 1992). Un poco más tarde, el famoso experimento mental del cuarto chino de John Searle estaba destinado a mostrar que una máquina puede tener sintaxis, pero nunca semántica, lo cual es el requisito indispensable para la comprensión y la inteligencia en general (Searle, 1980). Más recientemente, las teorías de la corporización

DOI: https://doi.org/10.29092/uacm.v23iEspecial.1344

(Cosmelli y Thompson, 2010; Thompson, 2007) han enfatizado la imposibilidad de una "inteligencia artificial" dada la continuidad vida-mente: para que algo tenga mente, debe ser un organismo vivo.

Sin embargo, como se ha indicado, el objetivo de este escrito no es debatir sobre la presunta posibilidad de que un sistema computacional sea capaz de desarrollar cualidades mentales. El objetivo es llevar a cabo una reflexión filosófica sobre las consecuencias, en la publicación académica, del uso de esa herramienta que lleva por nombre "IA" –en particular, aquella que está basada en modelos de lenguaje generativo o LLM's–.[1] Así, pues, nuestras preguntas iniciales son: ¿los textos producidos por los LLM's tienen autor?; si un texto no tiene autor, ¿es algo más que un agregado acrítico de palabras? En ese caso, ¿qué pasa con el uso académico de estas herramientas?, ¿deberíamos permitir alguna forma de uso de la IA en algún momento del proceso de elaboración de artículos de ciencias sociales y humanidades?

En una famosa conferencia en el *College de France*, dictada en 1969, Michel Foucault (2010) reflexionó en torno a los conceptos autor, obra y escritura. El tema no era nuevo, lo había puesto sobre la mesa un año antes su amigo y colega Roland Barthes en *La muerte del autor* (Barthes, 1987). En parte, la conferencia de Foucault era respuesta a ese texto previo. En el marco del estructuralismo los temas que debatían eran de este tenor: ¿cuál es la función que cumple el autor en la producción académico-literaria?, ¿a quién nos referimos exactamente cuando pensamos en el autor de una obra? Barthes, como el título de su texto expresaba, se apresuró a decretar la muerte de la idea tradicional de autor, mirándolo como un "personaje moderno", producto de una ideología burguesa que restringió toda la importancia del texto a la "genialidad" creativa del individuo.

Hasta antes de la modernidad –digamos, hasta la Edad Media–, afirmó Barthes, la persona detrás del texto no era tan relevante. De ahí que sean escasas las expresiones artísticas –escultóricas, literarias, musicales, pictóri-

[1] Hoy en día –verano de 2026– los LLM's son modelos de propósito múltiple –generan secuencias de texto y sonido, editan imágenes, reconocen patrones, programan código, etcétera–, y de procesamiento multimodal –pueden trabajar sobre texto, audio e imágenes en tiempo real de forma simultánea y fluida–. Aquí nos referiremos específicamente al uso de estos modelos para el análisis y la generación de texto. Los principales modelos que llevan a cabo tareas de este tipo, y que tenemos en mente en este artículo, son ChatGPT 5.4 (Open AI), Claude 4.6 Opus (Anthropic), Gemini 3 (Google), Grok 4.1 (xAI), Llama 4 (Meta) y DeepSeek-V3.

DOI: https://doi.org/10.29092/uacm.v23iEspecial.1344

cas– firmadas por quienes las elaboraron y, en cambio, en ciertos periodos predominen los trabajos gremiales o, de plano, anónimos. La comercialización del arte, vinculada con la aparición y el ascenso social de la burguesía, tornó valiosa la adquisición de piezas únicas certificadas a través de la firma de un autor. A eso se sumó la intervención discursiva de quienes se encargaron de sobrevalorar la dimensión autoral como una muestra de autonomía creativa y de expresión individual, particularmente durante el Renacimiento y buena parte del siglo XIX. Sin embargo, al iniciar el siglo XX diversas manifestaciones del arte vanguardista desafiaron la importancia, e incluso la existencia, de un autor identificable y estable. En opinión de Barthes, los lapsos donde no reinó la figura autoral demostraban que la unidad literaria no estaba en esa entidad oscura detrás del origen del texto, sino justo en la parte final del proceso creativo: el lector.

Tiempo después, Barthes matizó su postura. Ya no se trataba de desacreditar la idea de la existencia de un autor, sino de desarticularla. Detrás de ese término reconoció la presencia de, cuando menos, cuatro figuras diferentes:

- La *persona* –el individuo en su dimensión jurídica, civil y biográfica–,
- El *scriptor* –aquel que ha sido construido por la crítica, los manuales escolares y las biografías–,
- El *auctor* –aquel que se identifica y reclama la propiedad legal de lo escrito–
- El *scribens* –el sujeto físico en el acto mismo de la escritura– (Barthes, 2005).

Incluso en un trabajo de 1971 titulado *Sade, Fourier, Loyola* echó mano de la antaño todopoderosa figura autoral para sustentar sus análisis (Díaz, 2016).

Por su parte, Foucault planteó que el escritor sí existe, pero no de la forma en que creemos. Reconoció que el autor no se identifica con el sujeto creado por la crítica, porque es imposible fijar los límites de un corpus textual –¿debemos incluir las notas de lavandería de Nietzsche?–. Sin embargo, en nuestra sociedad en general, y en los contextos académicos y artísticos relevantes en particular, el autor es un "instaurador de discursividad". Es decir, el autor es aquel capaz de generar discusión a partir de sus ideas acadé-

DOI: https://doi.org/10.29092/uacm.v23iEspecial.1344

micas o creativas. El autor tiene seguidores y opositores. Es aquel generador de discurso que, a su vez, incentiva la producción de más discurso y, con ello, de más instauradores discursivos. Por supuesto, una definición así resulta especialmente adecuada para autores que son grandes generadores de discurso, como Freud, Marx o Nietzsche. Pero la idea aplica para todos en cierto grado, pues el autor es una función compleja del discurso –no necesariamente la más importante–.

En años recientes, el tema de la autoría en el campo literario ha revelado la existencia de exclusiones simbólicas y reales (Pérez, 2019), por ejemplo, la de las mujeres. Marcadas culturalmente por planteamientos normativos según los cuales no eran capaces de generar discursividad, las escritoras debieron recurrir al anonimato o a seudónimos para no reclamar la propiedad de sus textos y, por tanto, permanecieron ignoradas por la crítica a lo largo de los siglos, incluso en los periodos de mayor auge de la figura autoral. Para seguir el planteamiento barthesiano, diríamos que, durante la mayor parte de la historia, las mujeres de letras fueron *persona* y *scriptor*, pero no *scribens* ni *auctor*. Casos como ése urgen a no hacer un fetiche de la autoría, pero sí a considerarla fundamental en el tablero donde se juegan tanto el poder para decir, como el poder para callar a –e incluso negar la existencia de– quien quiere decir.

Pero volvamos a Barthes y Foucault, quienes parten de la evidencia de la contingencia histórica del autor como lo conocemos hoy. Odas, poemas épicos, tratados, comentarios y leyendas circularon por siglos sin que nadie estuviera especialmente preocupado por establecer su autoría. Uno, dice Foucault, puede imaginar sin mucho problema una sociedad funcional donde los discursos se produzcan y reproduzcan sin echar de menos la función de autor. Es más, hoy en día no todo discurso ostenta autoría o se le reclama tal; un contrato, por ejemplo, tiene firmantes, mas no autores. Por otra parte, tenemos casos donde parece que, en forma deliberada, el autor se diluye o se esconde: los *ghostwriters*, el grupo matemático conocido como Bourbaki, las filósofas italianas del grupo Diotima, la escritura automática y colectiva desarrollada por las vanguardias, los usos mayestáticos propios del discurso papal. En el mismo tenor, un poeta mexicano ha expresado esto como su mantra: “lo importante es que el verso, y no el nombre del autor, pertenezca a la tradición”.

DOI: https://doi.org/10.29092/uacm.v23iEspecial.1344

Alguien podría plantear que la necesidad de reconocer la autoría surge sólo donde hay ideas novedosas que expresar: en la ciencia o las artes –y no en todos los casos, como se habrá visto–. Hay autoría de las teorías científicas, en las ideas filosóficas, en buena parte de las novelas y poemas. Sin embargo, en la ciencia parece importar más la verdad que el origen del discurso. Entonces, si aceptamos por ahora que el autor es una idea históricamente reciente y que no en todos los casos de producción del discurso ha sido necesaria –ni siquiera ahí donde ha sido relevante–, ¿no podríamos reacomodar esa idea ante la nueva herramienta computacional que ya nos invade, de modo que pongamos el énfasis en el lector antes que en el productor del texto?, ¿por qué no reducir al autor sólo a una función más o menos compleja, más o menos influyente del discurso sin preocuparnos por la *persona* detrás del *scribens*? En otras palabras, ¿sigue siendo necesario defender la autoría como la conocemos? Respuesta corta: sí y no.

¿Por qué sí es necesario defender la autoría frente a la IA?

Los LLM´s son programas de reconocimiento de patrones y predicción probabilística de secuencias. No resultaría justo escamotear el alto grado de complejidad de estos sistemas, el cual es producto de décadas de arduo trabajo multidisciplinario proveniente de las áreas matemáticas, computacionales, la ingeniería y las neurociencias. La utilidad de la aplicación de esta nueva generación de *software* se evidencia en la carrera por la mejora de los modelos y por su rápida aceptación y uso entre el público en general. Con todo, es necesario repetirlo, los LLM´s no son individuos con mentalidad –bajo ningún estándar jurídico, científico o filosófico–. Por lo tanto, como se mencionó en la introducción, no se les puede adjudicar autoría. Por más que hablemos de reconocimiento, personalidad, inferencia lógica, razonamiento o intencionalidad, los LLM´s no son más que "loros estocásticos": no poseen comprensión genuina puesto que no hay una conexión semántica entre los *tokens* sobre los que se opera probabilísticamente y el mundo al que dichas unidades hacen referencia. En breve: la IA no es capaz de dotar de sentido a un mundo con el que no se relaciona. No hay sentido alguno en atribuir un estilo autoral a Gemini o a ChatGPT, o en afirmar que las versiones de pago, promocionadas con entusiasmo por las empresas desarrolladoras, poseen mejor calidad autoral que sus contrapartes gratuitas.

DOI: https://doi.org/10.29092/uacm.v23iEspecial.1344

El problema está en una confusión de base: la confusión entre modelación, simulación e identidad. La IA ha sido útil en la modelación de los procesos mentales. Gracias a esos modelos hoy sabemos mucho más de la mente y hemos desarrollado herramientas computacionales impensables hasta hace unos pocos lustros. En términos de generación de lenguaje, lo que hay es simulación; es decir que sólo está presente un aspecto del lenguaje: aquel que es posible modelar. En definitiva, lo que produce un LLM es texto, pero no discurso.

Ahora bien, ni de la modelación ni de la simulación se sigue identidad. La modelación computacional de un huracán no moja la computadora ni la simulación de una catástrofe causa daños reales y, sin embargo, ambas pueden ser de mucha utilidad. La idea que se vende, con optimismo o pesimismo según las filias y fobias del comentarista en turno, es que a mayor trabajo de ingeniería computacional más cerca estaremos de lograr el punto de no retorno, esto es, la llamada singularidad o la inteligencia de propósito general. Si esa promesa –o amenaza– resulta cierta o no, estará por verse. Sin duda, esas herramientas son asombrosas y útiles, pero siguen siendo simulaciones. Y simulaciones que, más allá de sus virtudes, acarrean múltiples problemas.

En un mundo donde existe una constante presión por la velocidad en la producción, se generan brechas capaces de colocar en desventaja a quienes no utilizan esas herramientas computacionales para la producción académica, ya por convicción, ya por analfabetismo tecnológico, ya por razones financieras. Y la misma intención de producir mucho en poco tiempo ya derivó en malas prácticas. Es el caso del uso no declarado de IA, que las políticas editoriales de las revistas científicas no logran disuadir. Esto coloca en entredicho tanto la originalidad e integridad académicas, como la esencia misma del trabajo de investigación, de sus productos y de las publicaciones universitarias a través de las cuales circula esa farsa.

Por tanto, existen claros retos pedagógicos: hay un alto riesgo al dejar que todo reconocimiento de patrones sea procesado por una IA. Reconocer patrones e interpretar resultados por cuenta propia implica desarrollar habilidades de pensamiento crítico que cada vez serán menos fomentadas. "¿Y qué importa si el resultado, el texto, es producido por una persona con pensamiento crítico o por un LLM?", se podrá objetar. Importa por dos razones: 1) porque este razonamiento se fundamenta en una sobrevalora-

DOI: https://doi.org/10.29092/uacm.v23iEspecial.1344

ción del producto por sobre el proceso y la habilidad, y 2) porque todo se termina pareciendo entre sí, sin profundidad reflexiva e invisibilizando a la multiplicidad de voces que conforman lo humano. Así es como las especificidades interpretativas se diluyen en favor de marcos globales uniformadores, con peligrosa capacidad normativa debido a su omnipresencia.

Lo sabemos, todo texto producido por la IA termina exhibiendo el mismo tipo de "discurso" impersonal y neutro, propio de una valoración estadística de la palabra que debe completar cada secuencia de *tokens*.[2] Los partidarios de la IA podrán objetar nuevamente: "Eso también se puede programar". Y en efecto, por default, los LLM´s resultan halagadores y complacientes con el usuario. Como se ha observado muy pronto que esto puede resultar inconveniente, entonces se han desarrollado estrategias para "dotar" a los modelos de "personalidades" diferentes: reflexivas, no complacientes y hasta humorísticas o sarcásticas –como Grok o Monday–. Pero, nuevamente, sigue tratándose de simular personalidad. En todo caso, ¿por qué no mejor dejamos de invertir tanto esfuerzo y recursos en lograr algo que ya es gratuito y que lo puede hacer cualquier persona que se convierte en *autor*? No hay remedio, en caso de dejar toda producción de textualidad a la IA, el estilo propio de cada instaurador de discursividad necesariamente tenderá a desaparecer.

La homogeneización del discurso es problemática. Hasta ahora, las bases de datos con las cuales se entrenan los modelos de IA han sido producidas por seres humanos. Pero con la tasa de producción de texto por parte de los LLM's, eso puede cambiar en pocos años. El texto artificial generado ahí –con todo y sus "alucinaciones"– pronto pasará a nutrir las bases de datos consultadas por la propia IA. Esto puede generar un bucle nada favorable a la diversidad discursiva, a la originalidad y al rigor académico. Y, por supuesto, está el inconveniente de la rezagada legislación de derechos de autor para el uso de las bases de datos humanas. Tal como ha sucedido en otros campos de la tecnología aplicada, como la reproducción asistida o

[2] Esto, además, es epistémicamente peligroso: si los textos son producidos atendiendo a la frecuencia estadística a partir de las fuentes consultadas, entonces se privilegia la reproducción de las ideas ya existentes en demérito de aquellas que puedan resultar novedosas o desafiantes, pues estas últimas no serán relevantes en número para impactar a la predicción del siguiente *token*.

DOI: https://doi.org/10.29092/uacm.v23iEspecial.1344

la clonación, este tema tecnológico ya rebasó la velocidad de reacción de las leyes nacionales. Está claro que este desafío sólo podrá ser abordado desde una perspectiva global.

La existencia de un debate sobre el reconocimiento de la IA como autor de los textos producidos nos advierte que tendemos a pensar al *auctor* en términos sólo de *scribens*. Mientras que tiene sentido pensar en un "*scribens* automático", no es así en el caso del *auctor*. Éste, como afirmó Foucault, es un generador de sentido discursivo; lo que escribe genera conversación, diálogo y debate. A su vez, la existencia de un autor detrás de la obra permite que el lector identifique, relacione y clasifique discursos descubriendo nuevos significados sobre el mundo y las personas: el discurso académico pretende decir verdades sobre el mundo. Lo que no reconocen los partidarios del bando de la IA-como-autor, es que las verdades se señalan en ambas direcciones: hacia el mundo, pero también hacia el productor del discurso.[3] Ambos polos epistémicos importan. Como bien lo sabe la tradición hermenéutica, y tal como se vislumbra en la obra tardía de Barthes, autor y lector son parte de un sistema dialéctico y complejo que no es posible separar sin perjuicio del sistema discursivo total. Si rasuramos la autoría quedándonos sólo con el *scribens* corremos el riesgo de matar al discurso favoreciendo sólo al texto. Y si matamos al discurso, otro tanto podrá pasar con la obra y con el lector, cuyas funciones, dicho sea de paso, también están en riesgo por el uso de los LLM´s.

¿Defender al autor?

Entonces, ¿hay que defender al autor tal como lo entendemos en la actualidad? Quizá no. Ya lo señalaron Barthes y Foucault: nuestro concepto de autor es relativamente reciente. Obedece a una lógica de propiedad derivada de un sistema que capitaliza la producción académica y artística. En ese sentido, en la actualidad no sólo importa identificar a la persona detrás del texto por cuestiones de responsabilidad, sino por razones de producción. En el campo académico mexicano la generación de discurso hoy se mide, se regula, se dictamina y se califica. El mérito tiene un número, dictado, entre

[3] En las intervenciones finales a la conferencia citada de Foucault, J. Ullmo afirma con toda razón: "Sólo hay autor cuando hay interioridad" (Foucault, 2010).

DOI: https://doi.org/10.29092/uacm.v23iEspecial.1344

otros, por *Google Scholar*. Insumos como ése resultan índices valiosos para clasificar –con nombramientos de Candidato, niveles I, II o III y Emérito en el Sistema Nacional de Investigadoras e Investigadores– premiar, reconocer, "estimular" o desacreditar a la persona detrás del texto. El concepto contemporáneo de autor, en el marco de la investigación universitaria, está atado a los cuartiles, al *copyright* y al ORCID.

Es paradójico que un sistema de producción académica tan enfático en la identificación de los autores –se lucha con denuedo contra el plagio– y en la adjudicación autoral de las obras, priorice tan cuantitativamente la producción, las referencias, las citas y los índices, y termine provocando la reproducción de discursos miméticos, reciclados, muchas veces carentes de estilo propio y de novedad reflexiva. Dicho en breve: se firman como textos originales formatos plagados de ideas genéricas. El autor, como persona, como estilo y como mente generadora de ideas, parece desvanecerse detrás de ese exigente aparato académico-burocrático. La autoría, hay que admitirlo a la luz de esto, ya estaba en crisis antes del surgimiento de los LLM's. Y, sin embargo, seguimos creyendo que la idea de autor es valiosa y, por lo tanto, debe defenderse.

Lo aquí expresado forma parte de un número especial publicado por una revista académica de amplio prestigio internacional dentro del área de las humanidades y las ciencias sociales. En sus casi 22 años de existencia, la revista *Andamios* se ha posicionado como un referente importante dentro de diversas discusiones académicas en múltiples espacios iberoamericanos. Eso se debe, en parte, a dos razones: su accesibilidad y el riguroso esmero puesto en la calificación de los artículos a través de procesos "doble ciego". En efecto, hablamos de una revista alojada en una universidad pública y que patrocina la libre circulación de las ideas, por lo cual no cobra el acceso ni a los autores ni a los lectores. Esto parecerá poco, pero en un mundo editorial centrado en la rentabilidad económica del quehacer académico, la gratuidad y el rigor toman forma de resistencia política. *Andamios* es una de las iniciativas que, como *Scielo* o *Redalyc*, creen posible la reconstrucción del proceso editorial del mundo académico y, con ello, la resignificación del concepto de autor.

En resumen, estamos con Barthes cuando dice que importa el lector como punto sobre el cual se articula la unidad de sentido del texto; pero estamos también con Foucault cuando restituye la importancia del autor al afirmar

DOI: https://doi.org/10.29092/uacm.v23iEspecial.1344

que la suya es una función compleja del discurso y que es, además, un instaurador de discursividad –cuando su pensamiento es original y fecundo–. Velar por la conservación del autor es garantizar la existencia del espacio académico como el lugar de encuentro entre racionalidades capaces de discutir la mismidad, pero también la diferencia y la novedad. Autor, obra y lector no son tres elementos absolutamente separados con funciones distintas; son tres elementos de un mismo proceso dialéctico que debemos reconfigurar para fortalecerlo. La dilución del autor o el lector por parte de las prácticas desleales en el uso de los LLM's tiene efectos globales en todo ese proceso.

¿Hay que limitar el uso de la IA en la producción académica? Sin duda. Pero la IA, queramos o no, es hija ilegítima pero reconocible de ese mismo sistema que desde tiempo atrás viene haciendo desaparecer al autor. Por tanto, mientras se limita y regula la producción con IA, se debe reconfigurar la forma como pensamos nuestro modelo de producción académica. De lo contrario, seguiremos fomentando el surgimiento y uso de herramientas que profundizan la crisis de ese modelo. No hay autoría en la IA, pero eso es justamente lo que buscan quienes pretenden defraudar al sistema académico "produciendo" decenas de artículos al año; en definitiva, no es un autor aquel que sólo encomienda la elaboración de texto a través de un *prompt*. Así las cosas, y parafraseando al ya citado Foucault, urge vigilar y legislar.

Fuentes consultadas

Ansede, M. (2023-06-02). Un científico que publica un estudio cada dos días muestra el lado más oscuro de la ciencia. En *El País*. Disponible en: https://elpais.com/ciencia/2023-06-03/un-cientifico-que-publica-un-estudio-cada-dos-dias-muestra-el-lado-mas-oscuro-de-la-ciencia.html

Barthes, R. (1987). La muerte del autor. En *El susurro del lenguaje*. pp. 65-82. Paidós.

Barthes, R. (2005). *La preparación de la novela: Notas de cursos y seminarios en el Collège de France, 1978-1979 y 1979-1980*. Siglo XXI.

Calvino, I. (2013). *Si una noche de invierno un viajero*. Siruela.

Cosmelli, D. y Thompson, E. (2010). Embodiment or Envatment?: Reflections on the Bodily Basis of Consciousness. En M. Siderits,

DOI: https://doi.org/10.29092/uacm.v23iEspecial.1344

E. Thompson y D. Zahavi (Eds.). *Self, No Self? Perspectives from Metaphysics, Phenomenology, and Philosophy of Mind*. pp. 361-385. Oxford University Press. DOI: https://doi.org/10.7551/mitpress/9780262014601.003.0014

Down, A. (2025-12-06). Artificial Intelligence Research has a Slop Problem, Academics Say: 'It's a Mess'. En *The Guardian*. Disponible en: https://www.theguardian.com/technology/2025/dec/06/ai-research-papers

Dreyfus, H. (1992). *What Computers Still Can't do: a Critique of Artificial Reason*. MIT Press.

Foucault, M. (2010). *¿Qué es un autor?* Literales.

INDAUTOR. (2025-08-28). *La Suprema Corte de Justicia de la Nación resolvió en amparo directo que las obras creadas por inteligencia artificial no pueden registrarse como derechos de autor en México*. Disponible en: https://www.indautor.gob.mx/comunicados.php

Pérez, A. (2019). Qué es una autora o qué no es un autor. En A. Pérez y M. Torras (Eds.). *¿Qué es una autora? Encrucijadas entre género y autoría*. Icaria.

Searle, J. (1980). Minds, Brains, and Programs. En *Behavioral and Brain Sciences*. Vol. 3. Núm. 3. pp. 417-457. DOI: https://doi.org/10.1017/s0140525x00005756

Shmatko, N., Adam, A. y Esau, P. (2026). GPTZero Finds 100 New Hallucinations in NeurIPS 2025 Accepted Papers. En *AI Detection Resources | GPTZero*. Disponible en: https://gptzero.me/news/neurips/

Thompson, E. (2007). *Mind in Life: Biology, Phenomenology, and the Sciences of Mind*. Harvard University Press.

DOI: https://doi.org/10.29092/uacm.v23iEspecial.1344